

habia logrado separar de aquel partido al conde palatino, Leopoldo Gustavo. Tambien hizo que le abandonase el Príncipe electoral de Sajonia, despues Rey de Polonia, á quien libró de todas sus preocupaciones, moviéndole á abrazar la antigua religion de sus padres, como igualmente al duque de Brunswick, y á dos Princesas hijas de éste. Consiguió del Rey de Prusia entera libertad para predicar el Evangelio en toda la estension de aquel reino: dió fin á la diversidad de opiniones ó de prácticas que tenia divididos á los misioneros de la China con inmenso daño de la religion; y estendió su celo infatigable por el aumento de la fe, como tambien las profusiones de su caridad en Turquía, en Tartaria, en Etiopia y en la mayor parte de las regiones infieles. Finalmente, forzó á la mas artificiosa de las sectas en su último atrincheramiento, y la espuso á la vista de todo el mundo desnuda y cargada enteramente con el merecido oprobio de que por tan largo tiempo se habia podido libertar.

5. Contrariando de esta suerte tantas pasiones, preocupaciones, pretensiones é intereses, hizo su nombre respetable y caro á los mismos protestantes y aun á los mahometanos. La ciudad de Nuremberg, toda luterana, hizo acuñar medallas en su honor, y las esparció por todas partes con una carta que le era aun mas honrosa. El bajá de Egipto dijo en términos espresos y dejó por escrito, que para gloria del alcorán no envidiaba mas que un gefe tan digno como el que tenian los cristianos en la persona de Clemente XI.

Pero mas feroces, y por lo mismo menos capaces de razon que los sectarios de Lutero y de Mahoma, los jansenistas, cuyas maquinaciones desconcertó de todo punto, fueron los únicos que contradijeron el testimonio de ambos mundos sobre las eminentes cualidades de este Pontífice, aunque nunca osaron poner en duda sus grandes virtudes personales. Empero representándole como un Papa esclavo de algunos regulares y de algunos prelados emprendedores que le hacian decidir ciegamente sobre puntos de doctrina de la mayor importancia, no han reflexionado que no se podia sino absurdamente hablar así de un Pontífice lleno de todo linage de ilustracion, enemigo jurado de la adulacion y de la mentira, perspicáz y de gran firmeza, amigo de ver todas las cosas por sí mismo, y que jamás tomaba su resolucion sino despues del mas detenido y maduro exámen, hecho segun los principios de una conciencia, cuya delicadeza llegaba á tocar en escrúpulo; único defecto de que se le habria podido fundadamente reprender.

6. Una de las primeras funciones pontificias que desempeñó el nuevo Papa, fue la clausura de la puerta santa ó del jubileo secular: ceremonia de ostentacion y aparato, que en Clemente XI fue un motivo de edificacion. Habiendo concurrido la circunstancia del cónclave al mismo tiempo que el jubileo, acudió á Roma un número extraordinario de estrangeros de todas naciones y de todas clases; pero al fin del año estaban los hospitales llenos de pobres y de enfermos. Antes de cerrar Clemente la puerta santa, visitó

alguna como los obstinados partidarios del obispo de Iprés. Si bien no hay género alguno de alabanza que no le tributasen los jansenistas mientras le creyeron de sus mismos sentimientos, en sus últimos días le hicieron una guerra abierta. No solo había él suscrito el formulario pura y simplemente, sino que también declaraba altamente en todas partes que era un deber someterse á las decisiones de la santa Sede apostólica en las dudas y dificultades que miran á la fe y á la religion. Refiere él mismo (1), que una de las primeras causas que le hicieron sospechosa la conducta de los sectarios fue, que cuando quiso renunciar sus beneficios, le propuso uno de ellos retenerlos ó conservarlos para distribuir las rentas al partido que estaba entonces perseguido. „No puedo ni aun comprender (añade) cómo unos hombres que querían pasar por enteramente desprendidos de todas las cosas de la tierra, fuesen capaces de manifestar un pensamiento tan interesante.” No cesó, sin embargo, de conservar relaciones de urbanidad con los mas principales: le enviaban sus obras, y no dejaba de contestarles con un cumplimiento lisongero. Duró esta correspondencia política hasta la muerte de Arnaldo, época en que declaró su rompimiento con ellos con ocasion de la famosa carta al abate Nicasio, canónigo de Dijon, en la que el abad de la Trapa, que gozaba de la mas alta reputacion de virtud, contrapone el partido de que Arnaldo era cabeza, al de los verdaderos discípulos y adoradores de Jesucristo.

(1) *Minute d' une lettr. de Mr. de Tillemont.*

Retractaron entonces todos los jansenistas los elogios que por tanto tiempo habían prodigado al abate Rancé: escribióle Quesnel con el tono propio del nuevo gefe del partido, queriendo obligarle á una retractacion con toda formalidad. Su carta era tan dura é injuriosa, que el abate le dijo en su contestacion, que jamás se hubiera podido esperar que semejante escrito saliese de la mano de un sacerdote de Jesucristo, que debe dar en su persona lecciones prácticas de una perfecta moral. Esto era precisamente en lo que se había engañado el abad: juzgó (como otros muchos) de los jansenistas por sus teorías de moral, y de la moral de las escuelas católicas por los escritos de los jansenistas; lo que le hizo caer en dos errores que mutuamente se apoyaban el uno en el otro. Pero al menos se libertó del mas peligroso, y la furiosa carta del padre Quesnel, en vez de obtener su retractacion, sirvió para desmascarar mas la secta á los ojos de Rancé.

A pesar de esto, tornó á acometerle Mr. Nain de Tillemont; pero como era mucho mas atento, dulce y moderado que el padre Quesnel, y también mucho mas docto, hablóle de muy diferente manera. Hizo el elogio del doctor Arnaldo y de su partido; y solicitó al abate Rancé estrechamente, aunque sin amenazas ni palabras picantes, á que declarase públicamente que honraba á aquel doctor como á hombre de una fe pura, grande en la Iglesia y grande delante de Dios. El abad de la Trapa, muy distante de conceder lo que se le pedía, escribió al momento una carta, en la que

habla de los jansenistas en general de tal modo, que no solo no favorece, sino que hace formar el debido concepto de su pretendida buena fe, honradez y desinterés: luego hace justicia al ingenio, á los talentos y á la profunda erudicion de Arnaldo. „Sin embargo (añade) la resistencia que opuso aquel doctor á los decretos de la Iglesia, y la manera con que pugnó contra sus decisiones, me obligan á concebir de él sentimientos é ideas muy diferentes de las que vos pretendéis que yo tenga; no obstante, todas estas consideraciones no me han llevado hasta declararme su enemigo, antes por el contrario he mostrado siempre á sus amigos y á él mismo una grande estimacion de sus méritos, pero he permanecido y persevero aun firme en mi modo de pensar, y nada será parte á hacerme mudar de opinion.”

10. Aunque Rancé escondió esta carta en su escritorio y no la quiso publicar antes de morir, temiendo siempre atizar mas la hoguera, cuyas llamas subian ya á una altura espantosa, no por esto es menos cierto que él y no otro fue quien la escribió. Pero habiéndolas nosotros con hombres que lo niegan todo, es preciso probarlo todo, si no para arrancar de la boca de ellos una confesion que seria un prodigio, á lo menos para impedir que quede engañada la sencillez del pueblo fiel. Reconocieron ellos mismos que dicha carta era obra del reformador de la Trapa, cuando informados despues de su muerte de que se habia encontrado entre sus papeles, no dejaron piedra por mover para estorbar que se imprimiese; y cuando, despues

que fue impresa, convirtieron su furor en desprecio, publicando que no deshonraba á otro que á la memoria de quien la habia redactado. Mas todo el mundo juzgó lo contrario: el nombre del reformador de la Trapa era venerado en todo el reino, y todos sabian que nadie conocia mejor que él á los jansenistas. La imposibilidad de contrarestar la opinion general, les hizo mudar de language; y al cabo de cinco años, presumiendo que estarian ya olvidados sus primeros discursos, no perdonaron medio alguno para hacer pasar la carta por supuesta. Sus clamores fueron su única prueba, y sintieron tanto la poca ó ninguna impresion que hacian al público, que concluyeron diciendo que la carta habia sido compuesta en un tiempo en que el abad de la Trapa tenia igualmente debilitado el espíritu y la memoria. Mas ni aun con esto mudó el público su parecer, de todo punto contrario al de los jansenistas; antes bien miró la carta como una de las obras mas juiciosas y mejor racionadas que habia escrito Rancé. Por otra parte, dos historiadores de su vida (1) atestiguan que la pretendida debilidad de su espíritu es una quimera, forjada por los mismos que estaban interesados en que así se creyese.

Necesario era justificar al reformador de la Trapa por lo tocante á la fe, sin la cual no se puede dar virtud alguna cristiana, y arrancar el nombre de este admirable solitario de entre los de una secta tan celosa por atar á su carro á los hombres célebres de

(1) *Mussollé y Meaupou.*

toda clase. Habíase propuesto Rancé no combatir directamente la perversa facción que turbaba la Iglesia, fundado en la máxima de que no teniendo misión ni carácter alguno particular que le obligase á entrar en la lid, el partido mejor y mas propio que podia adoptar era el del silencio: en lo cual no caminó conforme con la conducta de un gran número de solitarios, y en particular del grande Antonio, que creyó debia olvidar las reglas ordinarias para ir en socorro de la fe que hacian peligrar los arrianos, aunque no poseyese, para escribir y declararse, el talento ó la costumbre del abad francés. Hubieran deseado muchos católicos que emplease su brillante ingenio en defensa de la doctrina de la Iglesia, como lo empleara antes en favor de la novedad: él tal vez se persuadió que el gran número de prelados ilustres y de doctores celosos que entonces tenia la Francia, le daban legítimo título para permanecer absolutamente encerrado dentro de los confines de su profesion. Sea lo que quiera de sus intenciones, que todo contribuye á que las creamos rectas, lo cierto es que no dejó motivo alguno para dudar de su catolicismo; y la mudanza que hicieron con respecto á él los secuaces de la novedad, es una prueba que jamás podrán impugnar sin contradecirse y hacerse ridículos. Sin embargo, su silencio no agradó á los católicos ni á los sectarios, ó por mejor decir, disgustó á todos, y le atrajo otros tantos enemigos. ¡Tan mala impresion causa en todos los espíritus la neutralidad en materias de fe, aun cuando solo sea aparente! Derrama siempre sobre las

mas brillantes virtudes tan densas sombras, que no siempre consiguen disiparlas despues las mejores apologías.

11. A 16 de Setiembre de 1701 murió en San German en Laye, el Rey Jacobo II de Inglaterra, con los sentimientos de religion á que habia sacrificado la corona. Despues de recibir los últimos sacramentos de la Iglesia con egemplar devocion, mandó que se acercase el Principe de Gales, heredero de sus derechos, y le dijo: „Hijo mio, vas á ocupar mi lugar, que te corresponde con manifiesta justicia; pero si algun dia llegas á subir al trono, perdona á todos mis enemigos, ama á tu pueblo, conserva la Religion católica, y prefiere siempre la esperanza de un reino eterno á un reino de este mundo.” El Principe, que no tenia mas de diez y seis años, prometió enternecido y lloroso al Rey, su padre, que cumpliria religiosamente su voluntad, especialmente en cuanto á la fe católica. Despues fue á echarse á los pies de Luis XIV, é implorando su generosidad, protestó llorando que jamás tendria otra religion que la católica. Sin considerar Luis los muchos enemigos que tenia ya sobre sí, y los que de nuevo iba á conciliarse con su conducta generosa, le reconoció inmediatamente por Rey de Inglaterra, y prometió mirarle como tal mientras permaneciese adicto á la verdadera fe: en lo que Luis el Grande se mostró verdaderamente digno de este título.

12. Luego que el nuncio de Francia envió esta noticia á Roma, admirado el santo Papa Clemente XI, congregó en consistorio á los cardenales mas religiosos,

y les dirigió este discurso: „Hemos perdido en la persona del Rey Jacobo II un Príncipe verdaderamente hijo de la Iglesia, un verdadero defensor de la fe; pero nos sirve de mucho consuelo el saber que el Rey Cristianísimo ha reconocido y hecho proclamar Rey de Inglaterra al Príncipe de Gales su hijo. ¡Ah! ¡cuán digna es de pasar á la memoria de todos los siglos una accion tan heróica en las circunstancias presentes!” Al momento dirigió á este Monarca un breve, manifestándole el alto aprecio que le merecian sus raras cualidades.

13. Se manifestó tambien claramente su perfecta concordia en orden á la conservacion de la fe, en un suceso poco importante en sí mismo, pero del cual esperaban grandes cosas los que le habian ido preparando. Reduciase á una consulta ó caso de conciencia, que parecia relativo á un solo particular, y se dirigia á echar por tierra todas las decisiones de la Iglesia contra los errores del tiempo. Dice Dupin en su historia eclesiástica del siglo diez y siete (1), que no se sabe con certeza de dónde vino esta consulta, ni por qué motivos se hizo. Sin embargo, era notorio á una infinidad de personas que no habian suscrito, como él, al caso de conciencia de que se trata: era constante por dos cartas del padre Thierrri de Viaixnes, que habia formado el bosquejo de esta obra el abad Perrier, canónigo de Clermont, en Auvernia, y sobrino del célebre Pascal; que la arreglaron los señores Anquetille y Rouland, y que se imprimió en Lieja (2).

(1) Tom. 1. pag. 405. (2) Causa Quesnel pag. 403.

Veamos cuál era el objeto de la cuestion. Se suponía que un confesor residente en una provincia de Francia, estaba dudoso en cuanto al modo de conducirse con un eclesiástico, á quien por mucho tiempo habia tenido por hombre de bien y muy ajustado, pero que al fin habia llegado á hacérsele sospechoso en materia de creencia. Decia que le habia preguntado acerca de varios puntos, y que sus respuestas eran las siguientes: „Condeno las cinco proposiciones en todos los sentidos en que las ha condenado la Iglesia; pero en cuanto al hecho, creo que me basta tener una sumision de silencio y respeto, y mientras no se me convenza jurídicamente de haber sostenido alguna de estas proposiciones, no se debe tener mi fe por sospechosa: creo que estando obligados á amar á Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas como á nuestro último fin, todas las acciones que no se refieren á él á lo menos virtualmente, y no se hacen por algun movimiento de amor, son pecados: estoy persuadido que el que oye misa con voluntad y afecto al pecado mortal, sin ningun movimiento de penitencia, comete un nuevo pecado: no creo que la devocion con los Santos, y principalmente con la Virgen Santísima, consista en las vanas fórmulas y en las prácticas poco sérias que se ven en ciertos autores.” Declaraba tambien el penitente que leia las cartas de San Ciran, la horas de Dumont, las conferencias de Luzon, la moral de Grenoble y el ritual de Alet, creyendo que todos estos libros eran buenos y tenian la debida aprobacion; y que lo mismo

todos estos hospicios, distribuyó muchas limosnas á los pobres, consoló á los enfermos con tiernas exhortaciones, oyó las confesiones de gran número de ellos, como hubiera podido hacerlo su propio capellán, les administró los sacramentos, congregó en un mismo día á todos los peregrinos que estaban para marchar, les distribuyó cuatro mil ducados de oro, les lavó los pies á todos, se los enjugó, los besó, hizo que les pusiesen muchas mesas en su presencia, y les sirvió él mismo la comida, dirigiéndoles la palabra con una bondad y con un cariño que hizo llorar aun á los espectadores mas indiferentes.

7. El 27 de Octubre de 1700 tuvo el mundo cristiano un nuevo motivo de edificación en la muerte del célebre abad de la Trapa, cuyas virtudes exhalaban, especialmente entonces, el buen olor que habia respirado sin interrupcion despues de su retiro. Cinco años antes habia renunciado la abadía para ocuparse solamente en las verdades y en los años eternos. Varias enfermedades dolorosas, juntas á la caducidad de un cuerpo estenuado con la penitencia, solo sirvieron para acrisolar mas y mas sus virtudes, y darlas el último grado de esplendor. Ningun movimiento de impaciencia, ninguna sombra de disgusto, ninguna inquietud turbaban la tranquilidad de su alma, siempre igual y siempre pacífica. Era tan perfecta su fortaleza en medio de los mas vivos dolores, que no interrumpieron éstos sus íntimas comunicaciones con Dios, ni las emanaciones de su caridad para con sus hermanos. A cuantos iban á verle los recibia con

semblante alegre, con sigular cariño, y con aquella afabilidad natural que le acompañó hasta el sepulcro.

Al paso que se acercaban los últimos momentos, parecia que se aumentaban mas y mas la paz y la quietud de su alma. Despues de recibir el santo Viático y la estremauncion, en medio de los religiosos que unian sus oraciones con las del abad, y le regaban con sus lágrimas, léjos de parecer que le rodeaban los horrores de la muerte, se figuraban todos ver en él uno de aquellos primeros patriarcas, que llenos de años y de prosperidades se ocupaban, poseidos de su vivo agradecimiento, en alabar al Señor y en derramar las bendiciones del cielo sobre su familia. Aun encima de la paja y de la ceniza, en que quiso morir tendido en tierra, conservó su libertad y su presencia de ánimo; miró tiernamente á su antiguo amigo el obispo de Seez, que le asistia en aquellos últimos momentos, le apretó la mano, levantó los ojos al cielo, y sin hacer ningun movimiento, entregó el espíritu con una serenidad de que seria difícil citar ningun egemplar reciente. Así conservó hasta el último aliento su alma en paz, su juicio sano, el imperio de su corazon y aun el de sus amigos, su fe, su confianza y su amor de Dios. Alma naturalmente fuerte, es verdad, pero que no lo fue mas que la muerte, sino porque la religion la elevó sobre la naturaleza.

8. Además de los egemplos de su vida, dejó á la posteridad el abad de la Trapa una copiosa materia de edificación en las muchas obras piadosas que

escribió, como el *Tratado de las obligaciones monásticas*, la *Esplicacion de la regla de San Benito*, la *Traduccion de las obras de San Dorotéo*, la *Direccion cristiana*, el *Compendio de las obligaciones del cristiano*, las *Reflexiones morales sobre los cuatro Evangelios*, gran número de instrucciones, máximas y cartas espirituales, además de muchos escritos relativos á los estudios monásticos, en cuyo punto no convino con el célebre Mabillon.

El abate Rancé, antes de separarse del mundo, habia tenido relaciones sobrado estrechas con los jansenistas; y aun despues pareció que los miraba siempre como á verdaderos defensores de la sana moral, y nunca se despojó enteramente de las preocupaciones en que estuviera imbuido contra aquellos ortodoxos que llamaban molinistas. Gloriábase al contrario de no convenir con éstos en el modo de pensar sobre la gracia de Jesucristo y la predestinacion de los Santos, y sobre la moral evangélica. En cuanto á los casuistas en particular, fue su mayor enemigo, como consta, aun cuando no existiese otro testimonio, de su carta al mariscal de Bellefonds, en la que atribuye á la doctrina relajada de aquellos moralistas los desórdenes de la mayor parte de los pecadores que iban á echarse entre sus brazos: como si los criminales que iban á buscar su último remedio á la Trapa, se hubiesen antes ocupado mucho en la lectura de los moralistas; y aun hay sobrado fundamento para pensar que el mismo abate no se habia dedicado por muy largo tiempo, ó al menos no habia estudiado dicha

doctrina en los escritos originales. Empero sin disminuir en nada su piedad y sus talentos, se puede decir que el fuego, el entusiasmo, la facundia y la elegancia son las cualidades principales y como digamos dominantes de sus escritos: y que si bien no hay otro que esponga con mayor gracia y que gire de mil maneras interesantes un pensamiento, sin embargo, no siempre profundiza las cosas con tanta perfeccion como las espone, y muchas veces no hace otro que tocar superficialmente las materias. En su disputa con el padre Mabillon, no dejó de manifestar este sábio benedictino, á pesar de toda su delicadeza, que es muy justa esta reconvencion. Llegaron sus preocupaciones hasta hacer concebir sospechas contra su fe, aun despues de su conversion, como él propio se queja en una de sus cartas al duque de Brancas. „No pudiendo (dice) acusar mis costumbres, acusan mi creencia, y encuentran en las reglas de su moral que les es permitido decir de mí todos los males que les sugiere la pasion: mi conducta no es conforme á la de ellos: mis máximas son exactas, las tuyas relajadas: el sendero en que yo procuro caminar es estrecho, ellos se abren caminos anchos y espaciosos. Ved aquí mi delito, esto solo basta: conviene oprimirme y acabar conmigo.” Tal vez puede notarse en estas palabras un juicio exagerado sobradamente por el calor de la imaginacion y por la amargura del sentimiento.

9. Es cierto, no obstante lo dicho, que el reformador de la Trapa no pensaba entonces en manera